

Tras la separación, Klaus piensa a menudo en Tomski y manifiesta su agradecimiento. Intensifica su vida promiscua, hace el amor con dos o tres hombres a la vez y nada parece gratificarlo. Es como si el descenso a los arrabales del sexo fuera un castigo por su incapacidad amorosa.

Más tarde, la relación se reanuda, pero de a tres o cuatro, con Emery Muscetra, que también corteja a su hermana Elisabeth. El vínculo con Tomski es simbiótico: no pueden vivir juntos, tampoco separados. La conmoción llega al límite cuando planean suicidarse juntos, en octubre de 1938. El plan se anula. Aparece otro amante, un tal Bonzo, que Tomski acaba deseando también. Al trío se añade un cuarto personaje. Tomski se emborracha y monta números de celos. Entonces, Klaus se siente halagado: ha conseguido convertir la historia en una de sus novelas. Buen lector de Proust (no tan bueno como imitador proustiano), Klaus comprende que todo deslizamiento amoroso es una trenza que da vuelta al mundo. Veamos: Klaus se fascina con Christopher Isherwood. Este se ha dejado con Wystan Auden, cuñado de Klaus por su matrimonio, bien que blanquecino, con Erika, que es la amante de Annemarie, de la cual se enamora Carson Mac Cullers, la cual, a su vez, quiere mucho a su marido. Klaus puede entrar en la trenza por dos amores diversamente imposibles: Isherwood y Erika, y por el odio que tiene a Auden, aristocrático e inhumano, que prefiere la amistad de Golo, el hermano de Klaus que vive sus romances homosexuales desde lejos, como el Mago. Klaus contempla y ata la trenza, pero está excluido de ella. Ama al clan, que no lo reconoce como parte de él. ¿Es el espejo de la familia Mann, presidida por un Mago homófobo?

Tomski, «arcángel desesperado», llama a esta historia, despectivamente, «la novela». Las últimas noticias del cuento son sórdidas: Klaus riñe con Tomski por razones políticas: le repugna su apoliticismo y su inquina reaccionaria por Roosevelt. En 1941, marginado por la familia, Klaus está en la miseria. Puede comer y viajar sólo con el dinero que le dan Tomski y otro amigo, John Fletcher. Hasta han de desempeñar su ropa en el montepío para que tenga con qué vestirse.

Según se va viendo, la vida amorosa de Klaus se acerca a la pareja y huye de ella. El matrimonio le parece un «prejuicio burgués», sobre todo cuando el músico James Simon, en agosto de 1936, le propone una suerte de matrimonio formal. Por otra parte, sus amores envejecen y se afean. ¿A quién ha amado, realmente? Cuando se encuentra con Hans Aminoff, en un bar de Amsterdam (1937), recuerda sus relaciones pasadas. Aminoff se ha casado y ha tenido un hijo, pero aparece con un muchacho que sustituye a Klaus. ¿Quién ha envejecido y se ha afeado?

Tal vez, la clave de estos desencuentros, aparte de la sombra omnipotente del Mago, sea la relación de Klaus con las mujeres. Su consciente amor

perdurable es su hermana Erika: su filadelfa y, en la fantasía que viene del Mago (recordemos *Sangre de welsa* y *El elegido*), su gemela. Ella dice querer un hijo, aunque no hace demasiado por lograrlo. En los sueños del padre, la escena es reprobada. El decreto del Mago parece ser: como no puedes tenerlo conmigo, no lo tendrás con nadie. Klaus anota acerca de Erika: «...Infinito sentimiento de compasión, ternura y de incommovible unión de mi vida con la suya...» (10.1.1937).

Durante un tratamiento psicoanalítico con Ludwig Binswanger, acompañado de una cura de desintoxicación, descubre en él una tendencia compuesta hacia la madre, el placer y la muerte (tal si estuviéramos leyendo al Mago). Erika sustituye a la madre y la homosexualidad es el camino divergente que lo separa y protege de la fascinación incestuosa. Klaus no puede ser el amante de la madre y, en consecuencia, no puede ser el amante de nadie. La muerte es la imagen amable de retorno al útero. Morir es acabar con la subjetividad y, en consecuencia, con el tabú. Pero es, también, acabar, de una buena vez, con el cuerpo, con el sagrado y maldito cuerpo. Un solo episodio marca su aproximación sexual a lo femenino: es su segundo encuentro con Greta Garbo (15.12.1938). Se han visto diez años antes, pero ella sigue siendo la misma imagen de estrella fílmica, un modelo de mujer titánica, intocable, que le recuerda a otras imágenes histriónicas y seductoras (recordemos la pasión histriónica del clan): Sara Catarina Otte, Asta Nielsen. La Garbo flirtea con él y Klaus se siente atraído, por única vez, sexualmente, hacia una mujer. Comenta en su diario: «Extraño corte en mi biografía».

El tabú es la castración aceptada que da lugar a la busca del falo propio. Quien no asume esta castración queda castrado. La busca del falo en el otro se convierte en una ansiosa peregrinación hacia el inexistente falo interno. Los diarios dan noticias sobre el tamaño de los genitales que lucen algunos de sus ligues. Ninguno es el buscado y la busca sigue, infatigable, desazonante, interminable.

VI

Las numerosas noticias políticas que contienen los diarios de Klaus permiten reconstruir una biografía intelectual muy típica de la entreguerra: la del escritor progresista, por llamarlo de alguna forma, extraviado en los laberintos de las duras opciones proporcionadas por los tiempos. Una entusiasta militancia se va apagando a partir de cierta fecha, de ciertos eventos, como si la carrera del Mago, que va del apoliticismo aristocrático de 1915 al compromiso democrático, a partir de la república de Weimar,

se hiciera al revés. Es uno de los tantos vaivenes en las relaciones de este otro místico sin Dios, entre la subjetividad del claustro y la apertura al mundo.

Klaus fue, hasta el pacto Hitler-Stalin, un crítico y problemático «compañero de viaje» de los comunistas. El punto de partida es el antinazismo: con todas sus taras, el comunismo es la menos mala de las elecciones para oponerse a Hitler, esa suerte de minusválido que fascina a las masas a partir de una patología sexual de conjunto que recuerda al psicoanálisis freudomarxista de Wilhelm Reich. El nazismo es la síntesis del bolchevismo y el fascismo, en clave de caricatura. El comunismo, por su parte, tiene un atractivo utópico, lo que él llama «magia roja», que proviene del surrealismo, con el cual, vía Crevel y Cocteau, Klaus mantiene una proximidad alerta, más que participante. En esto, por momentos, Klaus sigue las sugerencias del marxista mesiánico y judaico que fue su amigo Ernst Bloch. Más al fondo, quien lo convence es Crevel: «Quiero que la revolución ocurra lo antes posible para poder volver a la literatura». El fastidio inexcusable del inexcusable mundo de los hombres: el apoliticismo del Mago. De otra parte, el marxismo vulgar le repugna, por ejemplo el de Walter Benjamin, quien, fuera de Brecht, no ve sino reaccionarios por todas partes.

La época le cae mal, le produce un *malaise* romántico que proviene de sus exigencias militantes, de la militarización política que conduce a la guerra. En esto coinciden el fascismo y el bolchevismo. Este último, además, padece la ilusión ilustrada de los materialistas: abolir el mito. Vendrá la revolución, pero la muerte subsistirá y permanecerán, siempre allí, Dios y los aspectos misteriosos de la vida. «El socialismo no puede destruir el misterio».

En el verano de 1934, Klaus viaja a Moscú, a un multitudinario congreso de intelectuales. En comparación con la tenebrosa Viena de Dollfus, la ciudad le parece alegre, animada y llena de empuje. Los congresistas son recibidos como príncipes, en medio de una multitud de gente mal vestida, que transmite una sensación de penuria económica. La ideología dominante aconseja desconfiar de los escritores democráticos y antifascistas. La historia sigue un buen camino, el de Goethe y Stendhal. Una conductora de tranvías lee a Proust, y Céline, el atrabiliario anarcoide que se hará fascista, es un autor de éxito.

Los recibe Máximo Gorki, «patriarca estilizado». Habla y pregunta sin cesar, se interesa por todo, le dice que ha traducido un folleto de Klaus. En torno, todo está militarizado, jerarquizado. El lema es ir donde el Partido lo ordena. Las órdenes son estentóreas. Tal militarismo es defensivo. ¿Se volverá agresivo alguna vez? Le llama la atención la intrascendencia del dinero en esa civilización. El rublo no vale nada y circulan bonos para las compras más necesarias.

En literatura, se apoya el realismo. Zola, Joyce y el experimentalismo son considerados decadentes. Hay que describir al «hombre nuevo» y despreciar los peligros de la fantasía, por medio de un acercamiento simple a la vida.

Los varones rusos son simpáticos; las mujeres, duras y viriles. Un periodista local le comenta: «Los proletarios no tienen todavía de qué reírse». Los comunistas están orgullosos de la tradición y la profesión revolucionarias. En los debates intelectuales hay disidencias. Karl Radek dice «tontearías sobre Proust y Joyce. Joyce estudia un montón de basura con el microscopio». Klaus encuentra espantosa esta simplificación de la literatura y ve que el comunismo considera al arte como una actividad militar. Malraux y Jean-Richard Bloch contradicen a Radek. El arte de propaganda empuja a las masas hacia el fascismo. Hay que estar contra el individualismo, pero no contra el individuo. Organizarse, pero de modo absolutista. «Sí. Razón contra irracionalismo. Pero esta *buena voluntad* es gigantesca-mente desmedida». El comunismo que ve Klaus es eclesial: toda respuesta tiene su pregunta adecuada, y no otra, todo puede resolverse si media la organización. En el culto al líder se parecen comunistas y fascistas. Algunos intelectuales se han comunizado al reconvertir sus inquietudes religiosas a la política, como André Gide, con el pathos místico de sus *Cahiers verts*.

Klaus acepta que la vida tiene sentido, pero no que tenga fundamento. En el placer y en el dolor, el hombre se fundamenta, busca a Dios. La muerte es el momento esperado de la conciliación. El comunismo ofrece una religiosidad mundana, como el catolicismo, a modo de fundamento in-conmovible de la vida.

Los procesos contra los trotskistas en Moscú (agosto de 1936) son un primer punto de crisis. La inquisición marxista (Lukács censurando a Ibsen, Joyce, Nietzsche, etc.) le da horror. Más bien se trata de buscar una síntesis Marx-Freud, como propone Wilhelm Reich, o Marx-Nietzsche, como lo hace Kurt Hiller.

El pesimismo gana terreno. Ya no hay izquierda, no hay un definido anti-fascismo, ni siquiera en Francia «¿Qué se puede decir, especular, profetizar, analizar, de este *permanente apocalipsis?*» (1.4.1938).

En el verano de 1938, viaja a la España republicana: Barcelona y Madrid. Se ve con Ludwig Renn, con el coronel Hans de las Brigadas Internacionales, Timoteo Pérez Rubio, Sánchez Barbudo, Rafael Alberti y María Teresa León («ligeramente snobs») en un palacio madrileño, con el coronel Casado en el «milagroso» frente de la Ciudad Universitaria. En Madrid, el 8.7.1938, anota: «Oh, estos marxistas ortodoxos. Son tan llanamente felices como podrían serlo unos creyentes católicos». Sus impresiones españolas son dispersas y desatentas. Apunta la falta de comida, de bebida y de tabaco. Al